

VIVIR LIBRES,
COMO CRISTO

José A. García Monge, s.j.

Centro de Espiritualidad Ignaciana



Cultura de la austерidad

Se habla hoy –nunca demasiado– de la po- breza, de los pobres. De la veracidad evangélica si a los pobres se les anuncia la Buena Noticia. Existen personas, grupos, comunidades solidaria- riamente comprometidas con la justicia que son y trabajan con los pobres o para los pobres, en las diferentes dimensiones de este dolor huma- no. Los macro-problemas y su personalización en rostros humanos piden soluciones, frecuen- temente difíciles. Una actitud básica –memoria, realidad y deseo de respuestas eficaces– consiste en vivir y propagar una cultura de la austерidad. Así escribió lúcidamente Ignacio Ellacuría⁵. La cultura de la austерidad nos hace libres, no sólo menos culpables, y dinamiza un lenguaje univer- sal del amor. Se puede vivir –no faltan nume- rosos y cercanos ejemplos– y educar motivado- ramente para la austерidad. No por espartanas razones de educación del carácter, sino por li- bertad de las cosas y ante las cosas, ecología del

alma liberada. La austерidad no sólo exige una cierta abnegación, sino una sabiduría humana y cristiana que personaliza al que la practica y que da a las relaciones interpersonales canales de comunicación yo-tú. Compartir no es un lujo de generosidades voluntaristas, sino una exigencia humanizante nacida del amor y la justicia.

La austерidad libera de esclavitudes y da un espacio al otro en nuestro corazón, que en la cul- tura de acaparar y tener tiende a hacerse raquítico y mezquino. Nos pueden guiar hacia ella grandes utopías y pequeños pasos que no por pequeños, dejan de ser significativos y grandes en el dina- mismo del amor y la libertad.

"Tener religión"

La religión puede convertirse para algunos, no en el andamiaje y cauce de la fe, sino en un objeto más poseído y posesible. Tener religión es tener seguridad, acceso a una manipulación

⁵ Jesuita mártir en El Salvador el año 1989. Profesor de filosofía y teología.

de Dios fantaseada y deseada. Poseer un católico de verdades que enriquecen más que liberan. Acaparo "verdades", pero no la verdad que libera. Tengo religiosidad, pero esos "conocimientos" o prácticas no me dejan ver la realidad humana ni escuchar auténticamente la revelación del Dios de Jesús; pongo entre paréntesis al Jesús de la historia para acceder directamente al Cristo de la fe sin verdadera fe. Soy rico en algunas dimensiones de la moral, arrinconando otras, tal vez más esenciales, para dar gracias al Señor al estilo del fariseo, que de su oración en el Templo no salió justificado. Y eso que aquel hombre tenía religión. El consumo, en su ansia devoradora, puede alimentarse paradójicamente de religiosidad. La fe tiene una Palabra que decir para hacer de ella una experiencia histórica, más allá del consumo individualista, en su dimensión social.

difícil, abnegado y libre, con una opción hecha de confianza, vamos tras las huellas del Maestro, el Señor, adonde él quiera conducirnos. En la humana procesión, aun con buena voluntad, manipulamos, decidimos, tenemos la religión como algo nuestro, adquirido; en el seguimiento de Jesús está actuante el "niégate a ti mismo, toma tu cruz y ségueme". Actitudes muy distintas. La primera, contaminada por el tener; la segunda, experiencia radical de pobreza esperanzada, alejada por el Espíritu. Más que acumular religión, nos asombramos de los caminos del Señor que no son nuestros caminos y "somos tenidos" por la "Fe que actúa por el amor". Él "nos enriqueció con su pobreza". Mensaje contracultural que nos resistimos a aceptar, porque difícilmente lo comprendemos, admitimos y acogemos en nuestras vidas, si éstas son las de buenos acaparadores, aunque sean de "arte religioso".

No es lo mismo llevar al "santo" (o a Dios) delante en la procesión, que ir detrás del Señor. En el primer caso llevamos "lo sagrado" donde queremos y nos conviene; en el segundo, más

No es nada fácil curar la pasión del tener. Primero, porque no somos conscientes de que nos deteriora, y la cultura nos la hace connatural.

Segundo, porque exige mirar por encima de las estrechas fronteras del yo y ver nuestro entorno: no sólo los borrosos rostros humanos, sino las miradas que nos interpelan y que, si tenemos la gracia de creer, son miradas del Señor Jesús necesitado de sitio en nuestras vidas. Hay profetas contemporáneos que con sus personas y mensajes nos gritan estas verdades molestas y desinstaladoras. La vida religiosa tiene por misión ser, personal y colectivamente, una de esas voces; pero también "domesticamos" el carisma para que no nos incomode demasiado y seamos amablemente aceptados entre los ciudadanos de este mundo. Las comunidades cristianas, sal de la tierra, pueden volverse sosas, y entonces no sirven de verdad para historizar el impulso del Espíritu que les dio origen. Entonces recordamos a Francisco de Asís o Ignacio de Loyola, locos por Cristo, admiramos su coraje y valentía evangélica y los ponemos en nuestros altares, pero no en nuestras vidas. Leemos sus escritos, pero no escribimos en los torcidos renglones de nuestra historia la traducción a nuestros tiempos

del Espíritu que les animó, el mismo que hoy nos quiere liberar de todo aquello que nos asfixia, para que todos respiremos la brisa en la que pasa el Señor. Preferimos la figura de este mundo que pasa y nos agarramos a ella por el vértigo de la velocidad, sin ser conscientes de en qué dirección vamos, si visibilizamos el reinado de Dios o si solamente somos unos apresurados consumidores del agua que no puede saciar nuestra sed. Hacer al hombre posible es hacer a Dios creíble. Ése es el reto y la tarea cristiana y humana. Para esa libertad nos liberó Cristo.

ANEXOS

Algunas preguntas para la reflexión

- ¿Soy capaz de decirme a mí mismo(a) qué cosas necesito y para qué las necesito? ¿Con qué cosas busco llenar mi vida?